

# Mr. Paul Swan es el tipo del artista puro

—¿Mr. Swan?

—Voy a ver si está—nos contesta la señorita encargada en la oficina del Savoy. Un fono que se descuelga. Tres o cuatro palabras rápidas en inglés, que no alcanzamos a entender y ya estamos en camino de la pieza ocupada por Mr. Paul Swan, el interesante artista norteamericano que nos visita.

Golpeamos. La puerta se abre y es Mr. Paul Swan, en persona, quien se adelanta sonriendo a recibirnos. Nos habla en inglés y nosotros, sin tiempo para nada, contestamos apresuradamente con el poquísimo inglés que malamente chapurreamos.

Hay aquí, en esta pieza de hotel, un "bello desorden" que denuncia al artista. Grandes tapices pintados a mano, con motivos medioevos, orientales, maravillosos, penden de las paredes, sobre una cómoda, sobre un ropero hasta sobre el lecho. Los cuadros, las obras de arte se amontonan por todas partes. Cabezas al lápiz, sanguinas, acuarelas, motivos decorativos, óleos, paisajes, retratos, composiciones, etc. Todo esto disperso, sin orden ni concierto, clavados en los muros, en los rincones, sobre los muebles, encima de un zócalo.

Paul Swan, enagnado por nuestro saludo en inglés, continúa hablándonos, vertiginosamente, en la lengua de Shakespeare. Nosotros, algo cortados, apenas alcanzamos a explicarle, esta vez en un inglés aceptable, que no sabemos hablar inglés y le rogamos nos hable muy despacio para poder entenderle si es que no desea hablar español.



Paul Swan terminando el busto de Raquel Meller

es el autor de esa fuerte cabeza de Lindbergh que conocimos en fotografía en la apoteosis del aviador niño. Es, pues, un escultor notable. Y, si nuestra memoria no nos engaña, Paul Swan es el mismo danzarín que interpretaba danzas griegas en la capital de Francia.

Han pasado algunos minutos. Hemos terminado de analizar prolijamente a Paul Swan y de trasladar algo de su personalidad polifacética a nuestras carillas. Estamos sentados en un comfortable sillón. Algunas tazas de té humean en una pequeña mesita. Algunos cigarrillos arden en la última luz de la tarde. Estamos charlando. Y aunque Mr. Paul Swan no sabe español y nosotros no sabemos inglés, estamos, sin embargo, charlando.

Es una charla desvaída, deshilvanada, contradictoria. Mr. Swan habla con



Un aspecto de la Exposición Swan

vehemencia, con inspiración. Es una vehemencia tranquila, sin embargo, una vehemencia apolínea. Nosotros escuchamos con grande interés y, de pronto, cuando penetramos en su pensamiento, nos lanzamos, a nuestra vez, en alguna entusiasta digresión sobre arte. A Mr. Swan le toca entonces escuchar con grandísima atención y coger nuestro pensamiento aunque estamos ya hablando en castellano y hemos olvidado nuestro exiguo vocabulario inglés.

Los minutos pasan, a pesar de todo y la charla continúa más interesante y más cordial cada vez. Así sabemos que Mr. Paul Swan nació artista desde niño porque, como él nos lo dice, "el arte no puede adquirirse, porque se lleva dentro de sí, en cada partecilla íntima del individuo", y porque el arte es "como un don sobrenatural que distingue al individuo para toda la vida", a pesar de que "hay muchos que creen que ser artista es coger las formas externas del arte, aprender el oficio artístico, llegar a dominar el procedimiento de la pintura, de la escultura, de la danza".

Después de esta elocuente parrafada que nos recuerda algo a los severos axiomas de Oscar Wilde, Mr. Paul Swan, con su cabeza clásica y sus rítmicos ademanes, nos dice que nació en los Estados Unidos y que comenzó a cultivar sus aficiones de niño en el "Art Institute", de Chicago y después en el "Art Student's League", de Nueva York. Desde ahí pasó a París, a la "Grand-Chaumière", donde dió por terminados sus estudios y comenzó a trabajar en la escultura, el dibujo y la pintura. Pasó en seguida a Londres, donde puso un estudio, en Chelsea y volvió después a París. Comenzó a recorrer los centros de arte de Italia, de España, de Alemania. Visitó también Suiza, Holanda, Bélgica. Y después—su sueño de toda la vida—llegó a la Grecia, donde permaneció largo tiempo abriendo un estudio y tra-



La notable cabeza de Lindbergh

bajando con ahinco, tanto en las artes que ya dominaba como en la danza que comenzaba a apasionarle. Allí, en esa tierra poblada de recuerdos, bajo el azul cielo helénico, Mr. Swan nos dice que comenzó a escribir: prosas, poemas en prosa y, finalmente, versos.

Nosotros, sin querer, apenas reprimimos un gesto de sorpresa. Mr. Paul Swan lo advierte y, sonriendo, nos dice que el arte es uno y que todo artista bien puede alcanzar todas las formas del arte sin hacer de ninguna de ellas la definición de su personalidad y sin necesidad de aspirar a la gloria en ninguna de ellas. ¿Para qué? —continúa Paul Swan— el arte es bello por el arte mismo y mientras más formas de arte domine in individuo, tantas bellezas cantarán en su corazón y sublimarán su espíritu.

Es ya un poco tarde. Se ha hecho la noche. Entra por las ventanas la luz de la calle Agustinas. Una pequeña pausa. Preguntamos entonces a Paul Swan qué impresión tiene de nosotros y cómo llegó hasta esta tierra apartada, donde, sin embargo, hay muchos más artistas de los que él mismo puede imaginarse.

Paul Swan, con su suave y firme voz nos dice que vino a Sud América gracias a un "cara o sello" que jugó en Nueva York y que, ya en Argentina, supo de nuestra cultura y de nuestras bellezas panorámicas. Nos habla, por último, que, con respecto a Chile, sólo puede decirnos que pensaba permanecer una semana entre nosotros y que ahora, bajo este cielo que le recuerda a Italia, a Grecia, ante este panorama, comprende que no podrá quedarse menos de un mes, o hasta dos...